

La inocencia de los objetos

Geney Beltrán Félix

En su primera novela, Geney Beltrán Félix se enfoca en la naturaleza envejecida de una generación de jóvenes a la que, por la vía del desencanto, se le ha eximido de la tentación de la rebeldía. Con un estilo sustentado en las vacilaciones de la alterada psique del individuo de nuestro tiempo, Cartas ajenas —de la que aquí ofrecemos un fragmento— presenta en su protagonista una parodia del subversivo iluminado que busca establecer la utopía.

Al despertar se halló tendido en un catre, las paredes en torno suyo eran de adobe y a través de la puerta se escuchaba un rumor crudo, ¿el mar? Hizo a un lado la sábana azul, se sentó sobre el catre. Vio en la habitación un abanico de techo girando casi en silencio, paredes grises, un ropero sin espejo, dos sillas de plástico que lucían en el respaldo el logotipo de una marca de cerveza ya extinta y, encima de una de ellas, su maletincito y el sobre. Se levantó, caminó hacia la puerta y derivó en una especie de sala, a través de cuyas ventanas invadían la luz y el ruido del oleaje. Ya sudoroso, vio a dos hombres sentados a una mesa. Le parecieron conocidos: ¿De dónde? —se dijo—. Uno era alto, pálido, delgado y de cejas abundantes. El otro, bajo, se veía más grueso y tenía un bigote oscuro. Ambos vestían de blanco, playera y bermudas. Y chancas.

—¿Quieres café? —preguntó el hombre alto.

Marioralio aceptó y tomó asiento. Desde su lugar frente a la puerta vio el mar brillante. El sol reinaba a escasos centímetros sobre el horizonte. Nunca había visto (rata de ciudad) algo así de hermoso.

—Gracias por traerme, no se hubieran molestado —balbuceó, por decir algo antes que por gratitud verdadera. Un gesto del tipo alto lo detuvo. El otro pronunció un nombre:

—Juan Maximiliano Poza...

—¿Cómo?

Así se enteró de este meollo Marioralio.

—Somos enviados de Poza, Juan Maximiliano Poza.

Él sin habla. Y luego:

—¿Ese güey?

Ningún güey. Le explicaron. El Director de la Oficina Postal era el mismísimo Gran Encauzador, el Líder de la Secta de los Bendecidores.

Se trata de una broma, dijo para sí mismo.

No, para nada.

Después de las seis y media de la tarde —le contaron—, cuando los empleados comunes y corrientes han dejado la Oficina, los integrantes de la Secta (poco más de una decena) se reúnen sin falta en la bodega. Todos fueron en algún momento simples empleados de la Oficina Postal. Ahora siguen recibiendo un sueldo (Poza,



Georgia O'Keeffe, *House with Tree-Green*, 1918

quién más, los mantiene en la nómina) pero sólo trabajan en las noches.

¿...Que qué hacen?

El Líder Poza revisa por fuera todos los sobres. Una breve ojeada, luego los tantea con la mano derecha, entonces los separa: a un lado los *sobres livianos*, los que no llevan nada alevoso contra el destinatario, y al otro los *sobres pesados* (que han sido escritos por el solo afán de hacer perjuicio). Éstos son abiertos por los seguidores: ellos estudian sus frases, el tono, la intención, confirman (siempre) el dictamen inicial y con cuidado reproducen (incompleto y trastocado) su contenido en otra hoja. Los seguidores han aprendido: falsifican, pueden imitar casi cualquier caligrafía. Así quitan de la carta original los improperios, las palabras dolosas, las terribles noticias como manchas que se diluyen sin dejar rastro. En otro sobre meten las nuevas hojas —libres de cualquier designio adverso—, lo cierran, copian las direcciones de remitente y destinatario y le ponen estampillas. Al día siguiente esas cartas, *sobres livianos* ya, siguen su destino. Todo como si se tratase de la ficción de una película (la historia de una burocracia utopista asentada en esa Capital del trópico).

El mal existe y parece indestructible —ha dicho el Líder Poza—, pero puedes atenuarlo, encauzarlo, aligerarlo. Eso hacemos. Y ahora tú eres el elegido para integrarte a nosotros. Te sabemos solitario y discreto, e intuimos dentro de ti una fuerza escondida. ¿Qué dices, aceptas?

Marioralio movió la cabeza a los lados. ¿De qué se trataba...? ¿Cómo? Tomó el café y salió a caminar por la playa, como si huyera de un sitio contaminado. Los ojos de los dos hombres los sentía colgados de su espalda. Querría saber —pero de veras— en qué consistía la labor de Poza. Así que... Siempre le había parecido un tipo nervioso, inseguro, distraído... en realidad no...

A pesar del calor desmayante, se sentía en el mar muy relajado. Por la mañana o luego del anochecer, se metía unos pocos metros en las olas, desnudo; durante el día, rehuyendo la quemazón posible de su piel (la frente cubierta por una visera que encontró en el cuarto), caminaba por la playa, se tendía bajo los cocoteros y vagaba por el rumbo de la vieja carretera o husmeaba en las derruidas casuchas que aparecían cada medio kilómetro. Con los dos hombres apenas si hablaba durante el desayuno o la comida o la cena —pescado frito y arroz y café siempre—, y muchos ratos se encerraba en su cuarto a dormir y pensar. Cómo era eso de: ¿encauzar qué? ¿Acaso el mal existe en sí? ¿No es ésa una palabra ya vacía? ¿Grandilocuente, propia del pasado (los chantajes) (ah las religiones con su terco afán)? ¿De existir, el mal es susceptible de ser encauzado? No era posible (su dictamen): el Mal no existía así, con mayúscula: el mal no era una entidad absoluta que se pudiese distinguir de entre las acciones humanas y, asépticamente, separar, como un médico extirpa un tumor delimitado. Seguido surge con fuerza —un asesinato, una violación, un secuestro, una guerra—, pero en las circunstancias normales, ¿dónde está, dónde se halla?, se decía. El mal estaba disperso —fue su respuesta—, tan difuminado en los sucesos del mundo, tan compenetrado en cada cosa y tan indistinguible en todos, en cada persona, que ponerse en el plan de encauzarlo, de identificarlo y abolirlo de las intenciones y los hechos era improbable: habría que matar a todos, a los supuestos verdugos y sus probables víctimas. ¿Y quién aseguraba que la vida está hecha sólo con verdugos y con víctimas? El mal es el mundo: vivir es resignarse a la capacidad latente de nuestra vileza cotidiana. (Eso dedujo nuestro pensador para sí mismo).

¿Y Poza?

Pues no. Eran sólo gotas las que caían en la Oficina Postal Concentradora, cuando en todo caso lo que hay afuera es un océano rabioso, pensaba el perspicaz Marioralio. La labor de Poza era mínima (intrascendente). ¿Una docena, cuántos eran? Pobres ilusos, el correo es una reliquia sólo usada (además de por las compañías que envían propaganda comercial y revistas y estados de cuenta bancarios) por los que no tienen teléfono siquiera y que no cuentan, a quién le importan.

Los dos enviados parecían provistos de una total paciencia. Como si ya conocieran el proceso. ¿Siempre así lo hacían? Era una novedad gigantesca (difícil de creer): Marioralio necesitaba tiempo para darse cuenta de la



Georgia O'Keeffe, *Sun Water Maine*, 1922

relevancia de esta labor, y al final se entregaría a ellos, ¡caramba!, como un converso más febrilmente dominado por La Verdad que los mismos encauzadores. Eso piensan, eso esperan ellos (se decía).

Al sexto día, mientras desayunaban:

—¿Ya decidiste? —por fin le preguntaron.

Él tenía frente a sí la puerta abierta y el mar y el sol y el horizonte apenas bautizado por la luz.

—Primero quiero saber qué significa el hombre de la mano amputada.

—¿El de la foto?

—¿Quién es? ¿Cuándo se la tomaron?

—Eres tú. La foto es una visión de Poza. No se te ve bien el rostro porque no te conoces a ti mismo, porque nadie te conoce en lo más mínimo. Poza te llama El Manco. Tú eres El Manco. Has renunciado a la mano derecha. Recupérala.

Válgame (dijo para sí Marioralio). Puso la taza sobre el mantel de cuadros rojos y blancos, iba a decirles qué pensaba. Extendió la mano derecha y se puso a observarla. Luego una risita.

No habló. Se levantó de la mesa y caminó hacia el mar. Cruzó la puerta y sin cubrirse la vista con la mano miró el sol mientras sus pies descalzos se hundían en la arena.

Lo vio todo. No fue un razonamiento: fue una imagen seriada, fue una luz perfecta en su mensaje. Como le pasa a quienes están a punto de morir y (según se dice) ven toda su vida en un instante: Marioralio vio otro tiempo, una capa acaso de laderas adyacentes. Vio miles

de cuerpos muertos, tendidos sobre las calles. Vio a mujeres y hombres mujeres y hombres mujeres y hombres con expresiones de rabia y venganza, la ropa llena de sangre. Vio el fuego en los edificios, cuerpos saqueando bancos y mansiones. Y vio también a un niño rubio de tres años escondido entre unas cortinas, en la esquina de una sala enorme. Vio la noche, y ya después vio una multitud de rostros apagados y obedientes, mujeres y hombres vestidos de un azul pálido. Vio a una muchacha blanca y espigada, de pelo oscuro y largo; ella sale de un edificio al lado de otro joven mientras la tarde va diluyendo la luz en un lago espeso de sombras incisivas.

Se detuvo frente al horizonte, le ardían los ojos. Se dio media vuelta y caminó hacia la parte trasera de la casa; del cuarto de trebejos salió con un machete en la mano izquierda. Puso las rodillas en la arena. La casa dejaba caer una amplia sombra a sus espaldas. Extendió la mano derecha sobre el suelo.

El machete, con la inocencia de los objetos, hendió la muñeca.

Marioralio cerró los ojos; sintió dolor y frío; respiró. Los dos hombres lo veían, los labios divorciados, el aire escaso. La sangre ennegrecía la arena. Él abrió los ojos y se puso de pie. Con la izquierda tomó la mano derecha, indefensa como un hombre muerto, la levantó y mirándolos con fijeza perturbada:

—Estoy con ustedes —jadeaba—. Con una sola mano... díganle a Poza que yo... yo haré... me chingaré... yo el...

Su cuerpo empezó a declinar sin resistencia. **U**